

V. I. Lenin

¿Qué hacer?

Problemas candentes de nuestro
movimiento

Seguido de «¿Por dónde empezar?»
y «Conversación con los defensores
del economismo»

Introducción y notas de Francisco Herreros



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Chto delat?*

Primera edición: 2016

Tercera reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Isaak Brodsky: *Lenin en Smolny* (detalle).

Galería Tretiakov, Moscú.

© ACI / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción y notas: Francisco Herreros Vázquez, 2016

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-219-8

Depósito legal: M. 31.010-2015

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción. Lenin y las teorías de la revolución,
por Francisco Herreros
- 39 Bibliografía
- ¿Qué hacer?
- 45 Prólogo
- 51 1. Dogmatismo y «libertad de crítica»
- 51 a) ¿Qué significa la «libertad de crítica»?
- 57 b) Los nuevos defensores de la «libertad de crítica»
- 65 c) La crítica en Rusia
- 76 d) Engels sobre la importancia de la lucha teórica
- 85 2. La espontaneidad de las masas y la conciencia
de la socialdemocracia
- 86 a) Comienzo del ascenso espontáneo
- 92 b) El culto a la espontaneidad. *Rabóchaya Mysl*
- 106 c) El Grupo de Autoemancipación y *Rabócheie
Dielo*
- 121 3. Política tradeunionista y política socialdemó-
crata
- 122 a) La agitación política y su restricción por los «eco-
nomistas»
- 137 b) De cómo Martínov ha profundizado a Plejánov
- 142 c) Las denuncias políticas y la necesidad de «infun-
dir la actividad revolucionaria»
- 150 d) ¿Qué hay de común entre el «economismo» y el
terrorismo?

¿Qué hacer?

- 155 e) La clase obrera como combatiente de vanguardia por la democracia
- 178 f) Una vez más «calumniadores», una vez más «embaucadores»
- 184 4. El primitivismo en el trabajo de los «economistas» y la organización de los revolucionarios
- 185 a) ¿Qué es el primitivismo en el trabajo?
- 191 b) El primitivismo en el trabajo y el «economismo»
- 201 c) La organización de los obreros y la organización de los revolucionarios
- 223 d) Amplitud de la labor de organización
- 233 e) La organización «de conspiradores» y la «democracia»
- 246 f) El trabajo a escala local y a escala nacional
- 262 5. «Plan» de un periódico político central para toda Rusia
- 263 a) ¿A quién ha ofendido el artículo «¿Por dónde empezar?»?
- 271 b) ¿Puede un periódico ser una organización colectiva?
- 288 c) ¿Qué tipo de organización necesitamos?
- 299 Conclusión
- 305 Anexo. Intento de fusionar *Iskra* con *Rabócheie Dielo*
- 316 Enmienda

Apéndices

- 321 1. ¿Por dónde empezar?
- 333 2. Conversación con los defensores del economismo

Introducción

Lenin y las teorías de la revolución

En 1915 el enorme Imperio ruso se vio convulsionado por una serie de huelgas que rápidamente adquirieron contenido político. A las demandas de pan y mejora de las condiciones laborales se unieron pronto la petición del fin de la guerra y la abolición de la monarquía. Aunque había sido fundada hacía más de una década con el objetivo de llevar la revolución a Rusia, la facción bolchevique del Partido Socialdemócrata Obrero Ruso no tuvo prácticamente ningún papel en la organización de las protestas. La represión policial había reducido su militancia en la capital, Petrogrado, a menos de 500 miembros (Figs 2014: 65-66), y su líder en el exilio, Lenin, estaba convencido de que no llegaría a ver el triunfo de la revolución (Service 2001: 263). Sin embargo, dos años más tarde esa minúscula secta de revolucionarios de extrema izquierda había tomado el poder en el mayor Estado del mundo. ¿Cómo explicar un resultado aparentemente tan sorprendente?

Para una parte de los historiadores de la Revolución rusa, y sin duda para los múltiples seguidores de Lenin en la Unión Soviética y otros países comunistas, parte de la explicación probablemente estaba en el modelo de partido revolucionario esbozado por Lenin en su célebre libro de 1902 *¿Qué hacer?*, subtulado *Problemas candentes de nuestro movimiento*. Su publicación convirtió a Lenin de la noche a la mañana en uno de los líderes más reconocibles de la socialdemocracia rusa, y, tras la victoria de la Revolución de octubre de 1917, *¿Qué hacer?* pasó a ser una especie de «guía para revolucionarios» que todo miembro del partido o aspirante a empresario político comunista debía conocer (aunque, curiosamente, el libro no abunde en consejos prácticos detallados sobre cómo organizar un partido).

¿Dónde radicaba la importancia de este panfleto político? Una gran parte del libro, probablemente la más impenetrable para el lector actual, es una crítica a las tendencias «economistas» del partido, que Lenin califica sucesivamente como «oportunistas», «revisionistas» y «eccléticas y faltas de principios» (en obras posteriores, tras el segundo congreso del partido, la tipología sería aún más detallada: «pequeños oportunistas», «oportunistas medios» y «grandes oportunistas»). De acuerdo con Lenin, los defensores de esas tendencias querían limitar la lucha del partido a cuestiones sindicales no directamente políticas (de ahí la denominación de «economistas»), dejar la iniciativa a los propios obreros y crear un amplio movimiento político desde abajo, basado en «círculos» y organizaciones sindicales de base. Frente a esto, Lenin defendía un modelo de partido revoluciona-

rio radicalmente distinto. Ese partido debía trascender las preferencias inmediatas de los obreros, que serían, necesariamente, sindicales: mejoras del salario y de las condiciones de trabajo. El partido obrero no podía, a decir de Lenin, limitarse a las cuestiones sindicales: sus objetivos debían ser eminentemente políticos. Es un partido de «revolucionarios profesionales», una «organización de conspiradores» relativamente pequeña y que (dadas las condiciones políticas en la Rusia zarista de 1902) opera en la clandestinidad. No se trata de una organización democrática, en la que hay una completa publicidad de los procedimientos y de las decisiones y todos sus cargos son de carácter electivo, sino de una organización fuertemente centralizada. La «libertad de crítica», que, a decir de Lenin, está en el centro del «culto a la espontaneidad» de los economistas, sólo conduce a la demolición de la teoría marxista revolucionaria. Idealmente, la democracia sería sustituida por la «confianza mutua» entre camaradas (una apreciación, por otra parte, curiosa: las jerarquías, especialmente en organizaciones opacas, no parecen las estructuras más adecuadas para generar confianza). Aunque el término no aparece expresamente en *¿Qué hacer?* (sí en trabajos posteriores), el modelo de partido bosquejado por Lenin constituiría la «vanguardia del proletariado». Y una de sus funciones esenciales sería precisamente la formación política de ese proletariado, su educación en las tareas revolucionarias. Dejados a sus propios medios, argumenta Lenin, los proletarios sólo pueden desarrollar una conciencia sindical, son incapaces de desarrollar una conciencia socialdemócrata. Por ello un partido organizado por los propios obre-

ros no podrá tener un contenido revolucionario (de hecho, lo más probable, argumenta Lenin, es que, si se organizan de forma espontánea, se dejen atrapar por la ideología burguesa, más antigua y con medios de difusión mucho mayores que la ideología socialista). Para educar a los obreros, es necesario que el partido les ofrezca información y propaganda sobre objetivos políticos que vayan más allá de la mejora de sus condiciones de trabajo, sobre el funcionamiento más amplio de la explotación capitalista, sobre tareas políticas como la abolición de la autocracia en Rusia y la denuncia de todas las injusticias (no sólo las que afectan al proletariado) desde una perspectiva socialdemócrata. La única concesión a la participación de las masas en un partido de ese tipo es el reclutamiento de cuadros obreros, seleccionados y educados en las tareas revolucionarias por parte de la élite del partido. Este modelo de partido revolucionario esbozado en *¿Qué hacer?* sería desarrollado en obras posteriores, especialmente en *Un paso adelante, dos pasos atrás*, escrito tras el Segundo Congreso del Partido Socialdemócrata Obrero Ruso, donde Lenin había defendido su idea del partido pequeño y centralizado frente a las ideas de Martov de un partido de masas al estilo occidental, y donde se había precipitado la división entre «bolcheviques» y «mencheviques» en el seno de la socialdemocracia rusa (Figes 2014: 23). Aquí Lenin habla explícitamente del partido revolucionario como «vanguardia del proletariado» (Lenin 1978 [1904]: 56). En esta obra, el «democratismo» y la «espontaneidad de los círculos» son denunciados incesantemente: el proletariado (y no las «masas» o el «pueblo»), términos empleados

por los «economistas» y que de acuerdo con Lenin sólo sirven para ocultar la división de la sociedad en clases sociales) debe ser educado por el partido obrero, porque sus conocimientos políticos «espontáneos» son limitados. El partido debe ser un organismo centralizado y disciplinado, integrado por revolucionarios profesionales que sepan de política. El proletariado, concluye Lenin (1978 [1904]: 215), «no dispone de más arma que su organización». En esto estaba de acuerdo con el otro líder destacado de la revolución de 1917, Trotsky (1985 [1930]: 26), que afirmaba en su *Historia de la Revolución rusa* que «sin una organización dirigente, la energía de las masas se disipa».

¿Por qué esta obra de Lenin resultó tan influyente en su época y lo siguió siendo durante tantos años después? Como ya he dicho, pasó a constituir una suerte de «guía para revolucionarios», y un modelo para los partidos comunistas de todo el mundo. La clave de su influencia, naturalmente, está en la victoria contra todo pronóstico de los bolcheviques en 1917, algo que parecía en principio confirmar que las ideas de Lenin acerca de la importancia de la centralización, la disciplina y la coherencia ideológica eran las correctas. En lo que queda de este prólogo argumentaré que el modelo de partido defendido por Lenin era especialmente adecuado para solucionar algunos problemas de acción colectiva que se plantean en las revoluciones, pero estaba muy enfocado a su vez hacia un modelo insurreccional de toma del poder cuya traslación a países que no reunían las características de Rusia en 1917 era problemática. También argumentaré que algunas características de ese modelo de partido,

especialmente la imposibilidad de crítica y su carácter cerrado, harían que gran parte de la información disponible para la dirección fuese redundante, y esto afectaría normalmente de manera negativa a la toma de decisiones. Durante la dirección del propio Lenin, estas limitaciones estarían en cierta medida mitigadas, aunque más tarde se manifestarían de forma severa.

Uno de los principales desafíos a los que se enfrenta la ciencia social a la hora de explicar las revoluciones es la lógica de la acción colectiva. ¿Por qué ciudadanos corrientes van a subirse al carro de la revolución? Los costes de participar en la oposición al régimen establecido son potencialmente altos (siempre hay algo que perder, además de las cadenas), y los beneficios son típicamente un bien público: el derrocamiento del régimen y su sustitución por un régimen alternativo. En líneas generales, los autores marxistas no parecían ser muy conscientes de este problema de acción colectiva. De acuerdo con la teoría clásica del materialismo histórico, la revolución simplemente se produciría cuando las relaciones de producción capitalistas supusieran una traba al desarrollo de las fuerzas productivas, o bien cuando el desarrollo de las fuerzas productivas bajo el capitalismo fuese inferior al desarrollo que potencialmente se podría producir bajo unas relaciones de producción socialistas. Como resultado de esa contradicción entre relaciones de producción y desarrollo de las fuerzas productivas, simplemente se generaría un proceso de lucha de clases que tendría como resultado la instauración de unas relaciones de producción socialistas. Esta teoría es poco plausible por varias razones. Una de ellas es que unos trabaja-

dores racionales podrían tener en cuenta los costes de transición del capitalismo al socialismo y decidir que los beneficios a largo plazo no valen tanto la pena como para asumir los costes de atravesar ese «valle de la transición» (Przeworski 1985; Elster 1988). Esos beneficios, por otra parte, son inciertos, y, a la luz de la experiencia de siete décadas de comunismo, no está muy claro en todo caso (por decirlo suavemente) que las relaciones de producción socialistas –al menos tal como se conformaron bajo los regímenes comunistas– favorezcan más que el capitalismo el desarrollo de las fuerzas productivas. Y luego está el problema de acción colectiva. ¿Cómo conseguir que los trabajadores superen la tentación de desertar de las tareas de la revolución y prefieran la «acción pública» frente al «interés privado»? En este sentido, es tentador interpretar la teoría del partido revolucionario de Lenin como una forma de enfrentarse a ese problema de la acción colectiva revolucionaria. De acuerdo con Lenin, el partido lo formaría *un grupo* de revolucionarios profesionales, dedicados completamente a la causa (de hecho, si echamos un vistazo a las biografías de los principales líderes bolcheviques, veremos que una característica común a todos ellos fue su dedicación a la revolución en detrimento de su vida privada y familiar). Los miembros del partido de vanguardia, por tanto, tendrían unas preferencias, por así decirlo, altruistas: estarían dispuestos a asumir los costes de la lucha revolucionaria incluso aunque los beneficios sean un bien público francamente incierto. Como ya mencioné anteriormente, Lenin pensaba a comienzos de 1917 que no vería la revolución, una expectativa probablemente compartida por la ma-

yor parte de sus compañeros en el exilio. Sus preferencias eran por tanto intergeneracionales: estaban dispuestos a dedicar su vida a la «causa» por el bien de las generaciones futuras, algo que en general parece ser compartido por los miembros de muchas otras organizaciones dedicadas a la lucha violenta, como los grupos terroristas (¿cómo explicar si no comportamientos tan aparentemente irracionales como los de los terroristas suicidas?). Los bolcheviques serían, por tanto, fanáticos de la revolución, y, en ese sentido, posiblemente inmunes a la mayor parte de los problemas de acción colectiva (Coleman 1990: 273-274). Aunque muchos de los participantes en grupos insurgentes pueden unirse a ellos por incentivos selectivos tales como la búsqueda de botín y otras recompensas (Weinstein 2007) o beneficios menos materiales, como formar parte de un grupo, búsqueda de estatus o de aventura (Crenshaw 1988), probablemente muchos de los integrantes del pequeño partido bolchevique en 1917 y de tantos otros grupos radicales, insurgentes o terroristas tuvieran incentivos internos para participar: su devoción a la causa. En términos del propio Lenin (1975 [1920]: 6), formar parte del partido bolchevique requería «sacrificio y heroísmo». Un elemento adicional muy importante que facilitaba la acción colectiva en el seno del partido bolchevique era el limitado número de sus miembros y su carácter jerárquico y disciplinado. Eso permitía el juego de sanciones tanto informales como formales a posibles *free-riders*. Tal como afirma Lenin en *¿Qué hacer?*, la organización de revolucionarios «no se parará en formalismos para deshacerse de un miembro indigno». Este tipo de organiza-

ción también planteaba potencialmente, no obstante, algunos problemas. Un inconveniente importante de un tipo de organización jerárquica y con poco espacio para la crítica es que impide solucionar asimetrías informativas: los subordinados con conocimientos específicos y experiencia útil para el buen funcionamiento de la organización pueden no tener incentivos para comunicar esa información a la dirección. Aunque el líder más dictatorial necesitará siempre buenas ideas y buena información, en una organización jerárquica la tendencia puede ser conceder poca autonomía a los subordinados hasta ahogar toda creatividad y pensamiento independiente. La jerarquía soluciona en gran medida el problema de la acción colectiva, evitando que los subordinados se comporten como gorriones, pero puede matar las ideas necesarias para una adaptación estratégica a nuevas circunstancias. Una posible solución la mencionaba, como apuntábamos antes, el propio Lenin en *¿Qué hacer?: la confianza mutua*. Si la organización es duradera, se puede entender como un conjunto de individuos que están jugando un dilema del prisionero repetido con incertidumbre sobre el juego final. En este juego, si se valora el futuro, todos tienen incentivos para cooperar, siempre que confíen en que todos los demás van a cooperar también. Una confianza suficiente, como la que se puede desarrollar en pequeños grupos de trabajo en el seno de las organizaciones, puede solucionar en cierta medida los dilemas de cooperación y al mismo tiempo reducir los problemas de asimetrías informativas (Miller 1992; Taylor 1996). Pero un partido jerárquico con escaso control de las élites —el partido, tal como admite Lenin (1975

[1920]: 37) sin tapujos, está completamente controlado por una «oligarquía» de 19 miembros— y poco espacio para la crítica no parece el más adecuado para el desarrollo de estas relaciones de confianza y por tanto para eliminar asimetrías informativas y fomentar nuevas ideas. En obras como *Un paso adelante, dos pasos atrás*, Lenin desdeña en gran medida estos problemas. Sus críticas a los «intelectuales anárquicos» que no quieren saber nada de la disciplina son un buen ejemplo de cómo en un partido jerárquico y centralizado las disidencias, y por tanto el flujo de información no redundante con aquella de la que ya dispone la dirección, lo tienen difícil para sobrevivir. Estos problemas, sin embargo, no eran muy evidentes durante las dos primeras décadas de existencia de los bolcheviques como facción de Partido Socialdemócrata Obrero Ruso y luego, a partir de 1918, como Partido Comunista. De hecho, en los años previos a la Revolución de Octubre las discusiones en el seno de la dirección de los bolcheviques eran frecuentes, y no siempre Lenin se salía con la suya. Su afirmación en *Un paso adelante, dos pasos atrás* de que los miembros del Comité Central no estaban sometidos a su autoridad (Lenin 1978 [1904]: 161-162) era en buena medida cierta, o al menos lo fue durante un tiempo. Así, en 1904, aunque el Comité Central del partido estaba formado principalmente por bolcheviques, las tesis de Lenin sobre organización fueron rechazadas, y tras el estallido de la Revolución de 1905, su defensa de una estricta separación entre bolcheviques y mencheviques fue igualmente desechada por el Comité Central, así como sus esfuerzos en sentido contrario en la Conferencia de los bolchevi-

ques en Tampere unos meses después. En la Conferencia de Praga de 1912, a la que acudieron sobre todo miembros de la facción bolchevique, se decidió dar más peso a la dirección dentro del Imperio ruso frente a la de los exiliados, contra los deseos de Lenin. En septiembre de 1917, el Comité Central rechazó su propuesta de una insurrección inmediata, y tuvo que emplearse a fondo en octubre para que sus posturas al respecto fueran aprobadas (Service 2001: 175, 183, 194, 342-343). Tras la Revolución, también fue derrotado en varias ocasiones en el Comité Central en la cuestión de la paz con Alemania (Figs 2014: 106). En ocasiones parecía ser consciente de los problemas informativos que las jerarquías cerradas podían provocar. En una oportunidad afirmó, por ejemplo, que las facciones maximalistas dentro del partido vivían en una «cámara a presión» que les impedía apreciar la realidad (Service 2001: 207), algo que a menudo se ha dicho de los grupos terroristas: grupos pequeños, cerrados, que operan en la clandestinidad y que pueden conseguir una fuerte cohesión interna, pero en muchos casos a costa de una pérdida de información realista de lo que ocurre fuera del grupo (MacCormick 2003). En otra ocasión intentó aumentar, sin mucho éxito, los mecanismos de control de la dirección de partido desde la base (Figs 2014: 128-129). Pero en esencia el partido bolchevique siguió siendo la organización centralizada y disciplinada creada por Lenin. En 1920, ante el auge de la «Oposición de Izquierdas», Lenin promovió la prohibición de las facciones en el partido. Y aunque en los años posteriores aún hubo espacio para el debate en el seno de la dirección, da la impresión de que

esto se debía más a la personalidad del líder que al espacio real permitido por las estructuras del partido. Cuando Stalin asumió el poder, esas estructuras (incluida, crucialmente, la prohibición de las facciones) conducirían a un partido monolítico donde las iniciativas individuales eran en general sancionadas violentamente.

Por tanto, el partido centralizado y disciplinado forjado por Lenin era un buen instrumento para la acción colectiva revolucionaria, aunque su opción por el control frente a la confianza tuviese consecuencias negativas a largo plazo. No obstante, pese a que este pequeño grupo de revolucionarios profesionales pudiese organizar un golpe de Estado e incluso asumir el poder provisionalmente, para mantenerse en él necesitarían la participación y el apoyo de las masas, o de un porcentaje importante de ellas. Y de nuevo se plantearía un problema de acción colectiva. ¿Por qué iban a participar los obreros en procurar algo que es esencialmente un bien público? Una posibilidad es que sus preferencias no sean tanto las del dilema del prisionero, sino más bien las propias de un juego de seguridad, en el que cada individuo está dispuesto a participar siempre que los demás también participen, y, por tanto, no hay incentivos para comportarse como un gorrón. ¿Cómo pasar de unas a otras? Lenin pensaba que los obreros de manera espontánea no iban a desarrollar una conciencia revolucionaria, lo que se podría interpretar como que no desarrollarían unas preferencias altruistas a la altura de la de los miembros del partido. Pero sí podían ser educados a través de la agitación y la propaganda del partido para que desarrollasen al menos la idea de que la revolución es una tarea reali-

zable y necesaria, para que pensasen más allá de sus intereses inmediatos. De acuerdo con el modelo propuesto por Kuran (1991), la decisión de un individuo de participar en una revolución depende de los costes de esa participación (la represión a la que puede ser sometido por parte del régimen) y los costes internos de la falsificación de sus preferencias. Estos costes internos están asociados a la contradicción entre sus preferencias expresadas en público (de acatamiento del régimen) y sus preferencias privadas (que pueden ser tanto favorables al régimen como a la oposición). La estrategia leninista de partido de minorías comprometidas dedicado a la insurrección junto con la educación de los trabajadores en la deseabilidad de esa revolución puede afectar a ambos parámetros. Por un lado, una vez que la revolución se ha iniciado por el partido de vanguardia formado por individuos relativamente inmunes a los problemas de acción colectiva y un número suficiente de individuos está movilizado para pedir el derrocamiento del régimen, los costes de participar tienden a reducirse. Por otro, cuanto más logre convencer el partido a los obreros de lo deseable de la revolución, mayor sería el coste interno de falsificación de preferencias, hasta un punto en el que superasen los costes de participar en la revolución. Éstos se reducirían aún más en el caso de que la capacidad represiva del Estado se debilitase, como de hecho ocurrió en Rusia a comienzos de 1917, tras más de dos años de derrotas a manos del ejército alemán, con una élite dividida y un ejército crecientemente desafecto. Eso era justo lo que pensaba Lenin cuando afirmó de forma célebre desde su exilio en Suiza que la entrada de Rusia en guerra

con las potencias centrales en agosto de 1914 era un regalo del zar a la revolución.

El partido centralizado y disciplinado defendido por Lenin (a la vez dedicado a preparar la insurrección y a educar a los trabajadores en la deseabilidad de ella), por tanto, parecía tener cierta capacidad para superar los problemas de acción colectiva a los que se enfrenta todo movimiento revolucionario, y, en ese sentido, probablemente fue una variable relevante para el éxito de la revolución bolchevique.

No obstante, y a pesar del éxito de la Revolución, se podría argumentar que el énfasis de Lenin en la insurrección armada como forma de toma del poder y de transición al socialismo era, en las condiciones políticas de Europa Occidental en las primeras décadas del siglo XX, algo extravagante, alejado de las prácticas políticas de la mayor parte de los partidos de la Segunda Internacional. En este sentido, Lenin estaba muy influido por experiencias revolucionarias pasadas de difícil aplicación en los países europeos más desarrollados. Lenin concedía mucha importancia especialmente al precedente de las revoluciones de 1848 (el modelo más cercano a lo que podría ser una revolución a escala europea), tanto a su éxito inicial como a su fracaso final. De alguna manera, su modelo insurreccional suponía un perfeccionamiento de las tácticas revolucionarias que habían fracasado en 1848. Entonces, los revolucionarios habían carecido de organización, de liderazgo e ideología claras, la burguesía se había mostrado timorata a la hora de derrocar a las autocracias gobernantes, y el éxito inicial se había debido a revueltas poco organizadas e inconexas

que pronto habían perdido fuerza y finalmente fueron derrotadas en la mayor parte de los casos. El partido bolchevique forjado por Lenin era una herramienta mucho más avanzada para la organización de insurrecciones que los estallidos semianárquicos de 1848. Pero el camino al poder seguía siendo la insurrección violenta. Con respecto a esto se puede apreciar una cierta evolución en el pensamiento de Lenin. En *¿Qué hacer?* parece considerar que el modelo de partido insurreccional sólo es apropiado en condiciones políticas de ausencia de democracia. En Europa Occidental, donde las asociaciones y partidos obreros eran legales, el partido de masas al estilo del SPD debería ser el modelo a seguir. No obstante, en años posteriores, y en especial en los años inmediatamente anteriores a la Revolución, parece asumir que el modelo insurreccional basado en el pequeño partido de conspiradores es el único adecuado para llevar a cabo la revolución. Esta posición está especialmente clara en *El Estado y la revolución*, escrita un poco antes de la toma de poder en 1917: el Estado burgués, dice Lenin, no se extinguirá por sí solo, sino que será derribado mediante una revolución violenta (Lenin 2014 [1917]). A pesar del cambio de las condiciones políticas experimentado en Rusia tras la Revolución de 1905, Lenin seguía considerando que la toma de poder se llevaría a efecto mediante una Revolución violenta. Una mayor democracia política podía conducir como mucho a cambios en la táctica, y a este respecto Lenin demostró tener una fuerte flexibilidad y capacidad de adaptación a un entorno político cambiante. Tras la Revolución de 1905, y a pesar de su fracaso en derrocar a la dinastía Romanov, la situa-

ción en el Imperio ruso evolucionó hacia una mayor apertura política. Eso no llevó a Lenin a abandonar su modelo de partido revolucionario, pero sí a ciertos virajes tácticos. En el Tercer Congreso del partido, abogó por que se actuase de manera legal, dentro de la nueva Duma otorgada por el zar, y en la Conferencia bolchevique de Tampere, en 1905, llegó a defender una suerte de reconciliación con los mencheviques. En su diatriba de 1920 contra las tendencias «izquierdistas» en el seno del movimiento comunista internacional (*La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*), afirmaba que había que actuar dentro de los parlamentos, aunque éstos fueran reaccionarios (Lenin 1975 [1920]: 21). Pero, al margen de estas consideraciones tácticas, la toma violenta del poder mediante una insurrección dirigida por el partido revolucionario seguía siendo el modelo a seguir, y así lo consideraron todos los partidos comunistas al menos durante el período de entreguerras, y en algunos casos hasta mucho más tarde. Y sin embargo, las condiciones para un cambio radical de régimen mediante una insurrección eran algo muy específico de Rusia y de países relativamente pobres que atraviesan procesos políticos similares a los de Rusia en las dos primeras décadas del siglo XX.

La debilidad estatal parece una condición necesaria para todo cambio radical de régimen (mediante revolución o mediante una guerra civil, que en muchos casos es una consecuencia de la primera, tal como asumían, por ejemplo, los bolcheviques), algo que Lenin parecía saber pero que el zar quizá no apreció en toda su importancia cuando decidió declarar la guerra a Alemania y a

Austria-Hungría en 1914 (y ello a pesar de la experiencia de 1905). Todas las teorías sobre la revolución y una gran parte de los estudios sobre los orígenes de las guerras civiles (en muchas ocasiones consecuencia y en otras precondition de revoluciones) han llegado a conclusiones parecidas. En su ya clásico *Los Estados y las revoluciones sociales*, Theda Skocpol (1984) consideraba que en países con una estructura económica relativamente subdesarrollada e improductiva, la debilidad del Estado, por divisiones en el seno de su élite y por las tensiones generadas por la competencia en la arena internacional con otros Estados más fuertes, eran condiciones necesarias para un estallido revolucionario. La quiebra del Estado se ve facilitada además por revueltas campesinas, más probables cuando hay instituciones agrarias que favorecen la acción colectiva (como la comunidad campesina en Rusia, por ejemplo). Dos de estas variables –la derrota en una guerra internacional y sus consecuencias debilitantes para el poder represor del Estado y las divisiones en el seno de la élite gobernante (especialmente cuando ésta establece alianzas con los movimientos opositores)– aparecen también como condiciones necesarias para la revolución en Tilly (1973; 1995). En el análisis de Goldstone (1991) sobre las revoluciones del período moderno, la quiebra del Estado es una condición esencial para las revueltas, dado que éstas dependen de una amplia creencia popular o en las élites de que el Estado sea ineficaz, injusto u obsoleto, y de que la élite esté dividida. De nuevo, la presión de conflictos internacionales sobre el Estado puede ser un elemento crucial para su quiebra. Un factor adicional para la quie-